

Modela con amplitud la forma y le da, en la armonía tonal del conjunto, la calidad de las carnaciones. Gambino sabe mostrar su verismo y su sinceridad pictóricas.

Los retratos de «media figura» van constituyendo ya una completa iconografía en la cual la expresión formal está plenamente conseguida. El parecido íntimo y psicológico ha sido logrado en leves anotaciones con un pincel ligero y agudo. A veces se advierte una superficialidad formal halagadora.

Aquí, en este taller, puede colegirse hasta qué punto su arte está hecho de una marcha ascendente y responsable. Nada es en él improvisado porque todo responde a un estudio concienzudo y sereno de los estadios y estamentos preceptivos. Gambino nos muestra dibujos, apuntes, estudios, escorzos. Es decir, una serie de elementos que darán a su obra esa robustez y los soportes constructivos característicos de las telas «mureales».

Es específico de los cuadros de este pintor la suavidad de la pincelada. Los tonos neutros ponen en ellos una delicadeza y una armonía arquetípicas. Parece como si el temperamento suave y 'delicado del pintor se tradujera en las obras en esa gama de buen gusto y en la finura cromática que las hace inconfundibles.

Gambino ha llegado a la plena estilización colorista de su pintura. Es la suya una obra de gran delicadeza, señorial; pintura de ademán nobilísimo que los no advertidos estiman impulsada por un deseo de hacer «bonito». Su realismo está frenado por la exquisitez y por la fina visión que el artista tiene del mundo.

<https://doi.org/10.29393/At216-13EPAR10013>

Exposición Pintye

Rudolf Pintye es un artista centroeuropeo que sigue viendo la naturaleza chilena con los ojos habituados a la luz de la Puzla. Por eso mismo cae en la estridencia del color. Otras apetencias ajenas en absoluto al arte le obligan a ser pernicio-

samente prolífico, surgiendo así una obra de menor entidad artística.

El señor Pintye suele falsear la luz y el ambiente chileno en sus paisajes. Las estampas de nuestros campos parecen cromos decimonónicos inclinados al sentimentalismo superficial del peor gusto. Ni el verde de estos campos, ni los campesinos chilenos son estos que vemos aquí. No hay en la luz que intenta captar el pintor esa suavidad de la atmósfera húngara. Los tipos de aquí son más ásperos y la luz más brusca.

Vemos en la pintura de Pintye señales evidentes de técnica bien aprendida y bien asimilada. Sabe dibujar y manejar el color con cierta soltura. Ahora bien, sea por la preocupación de producir, sea por falta del dominio total de esa técnica, las obras adolecen de escasa personalidad. El colorido tiene cierta entonación de tiza, sin jugocidad, cuando no es estridente en la armonía total del cuadro.

No importa que un lienzo sea realizado en un tiempo «récord». No se trata en arte de llegar primero, como en ciertos deportes. Leonardo tardó muchos años en acabar *La Gioconda*, Velázquez, a su vez, en su gloriosa vida realizó menos obras que el señor Pintye en una sola temporada. Quiere decir que el hecho de que un paisaje sea trazado en pocos minutos no hace aumentar sus méritos.

La nacionalidad de Pintye y la circunstancia también de que se dedique al retrato ha hecho sugerir en ciertos comentaristas la comparación con Laszlo. El pintor de tanta testa coronada y de tanta eminencia europea es ciertamente un artista amenerado por el uso y el abuso del halago y por la tendencia indeclinable a embellecer sus modelos. Mas no es posible negar su virtuosismo pictórico y la agilidad de su mano para captar con pincelada ancha y suelta el parecido. Laszlo tiene un estilo reconocible entre mil, que puede o no agradar. Pero no puede negarse que el húngaro constituye una interesante y bien definida personalidad artística dentro de sus defectos.

El paralelismo que con Rudolf Pintye quiere establecerse es injustificable. Ninguna de las condiciones del pintor de reyes ha anidado en él. Sus barbas de algodón, sus facies rojizas y las carnosidades blandas con que nos obsequia, se hacen demasiado patentes cuando pretendemos creer, llevados por la benevolencia, en las superficies coloridas que son sus telas.

El pintor Alfredo Guttero

La *Biblioteca Argentina de Arte* había dedicado hasta ahora sus primeros números a magníficos estudios sobre pintores y escultores europeos, clásicos y modernos, en una simpática y anárquica mescolanza de tendencias, escuelas y géneros.

Ahora aparece un volumen dedicado a un pintor argentino a quien había precedido la personalidad poderosa de Holbein, el Joven.

Demuestra con ello la Editorial Poseidón, un eclecticismo saludable y una absoluta comprensión de la diversa condición y gusto de sus lectores.

En realidad, una colección destinada al profano en su mayor parte, con el imperativo categórico de divulgar el arte en todas sus manifestaciones, tenía por necesidad que estar presidida por esa diversificación temática. Con ello se presta un inestimable servicio al arte; mejor todavía, a la cultura, porque a mi entender importa más hacer penetrar en las gentes el concepto del arte y su desenvolvimiento en la historia de la cultura, que escribir profundos estudios destinados a los especialistas.

Estos doce volúmenes hasta ahora aparecidos—desde don Francisco de Goya hasta Alfredo Guttero—constituyen una amplísima colección de monografías en donde la personalidad de cada artista estudiado queda revelada en forma sucinta a veces, agudamente otras, pero siempre con caracteres divulgadores en textos firmados por comentadores y críticos, como Julio E. Payró, Jorge Romero Brest, Julio Rinaldini, etc.